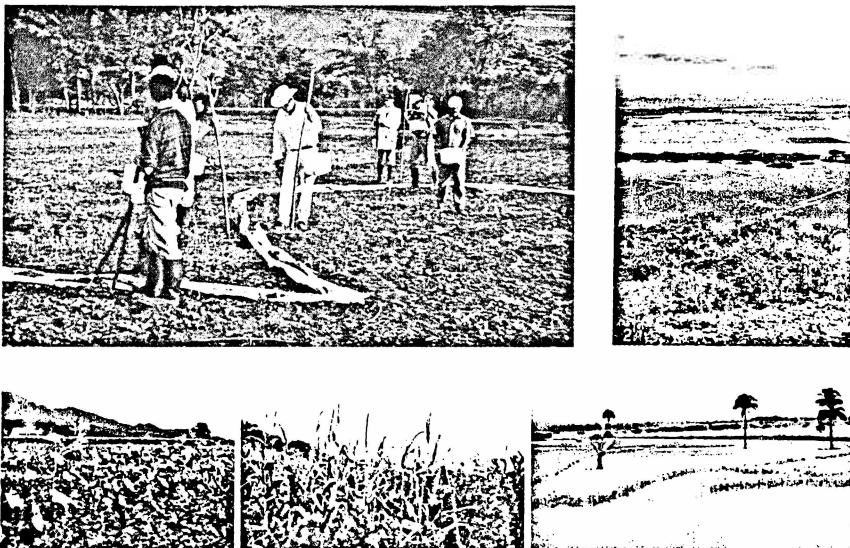


“EL CAMPO ABIERTO” 2003 M.L. VILLAFANE

1. Siguiendo el ‘dibujo’ de plástico siembran maíz en el campo de soya.
2. El trazo realizado con tela plástica sobre el campo sembrado con sorgo.
3. Dibujan con girasoles.
4. Campo de sorgo y dibujo de maíz.
5. Campo de soya y maíz a punto de cosecha.
6. Campo de soya intervenido con figuras de maíz.
7. De la serie Sombras Nada Más, dibujo al calor sobre huesos.
8. Enero de 2001, soya y maíz
9. El fuego dibuja un ave de cenizas. Imagen lograda con desechos de la cosecha de soya, apilonados y quemados.



El proceso de realización se inicia en la época de siembras, septiembre de 2000, con el trazo del dibujo con tela plástica de 80 cm de ancho que fue extendido sobre los campos previamente sembrados mecánicamente con sorgo en un caso y soya en los otros.

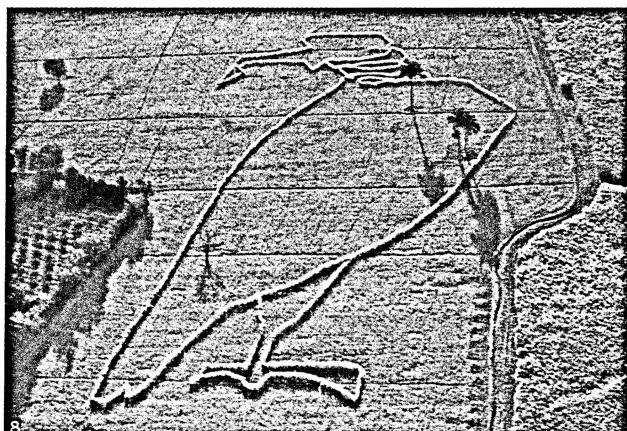
Siguiendo la cinta plástica como guía, se sembró manualmente la semilla de maíz, planta que constituye la línea del dibujo. Dos diseños fueron sembrados con girasoles. Para esta labor fueron utilizados 4.000 metros de tela plástica en rollos.

Durante los seis meses siguientes, las haciendas cumplieron sus labores agrícolas normales, y los cultivos se desarrollaron siguiendo su evolución hasta ser cosechados.

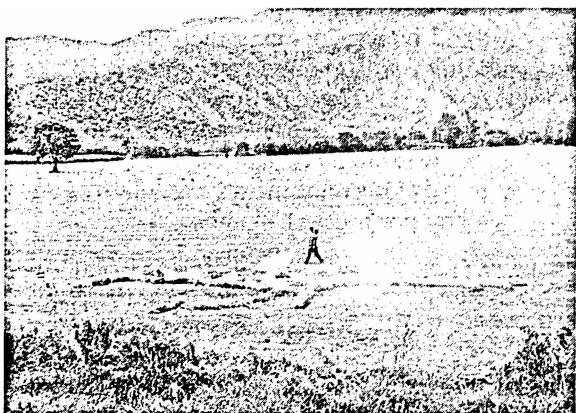
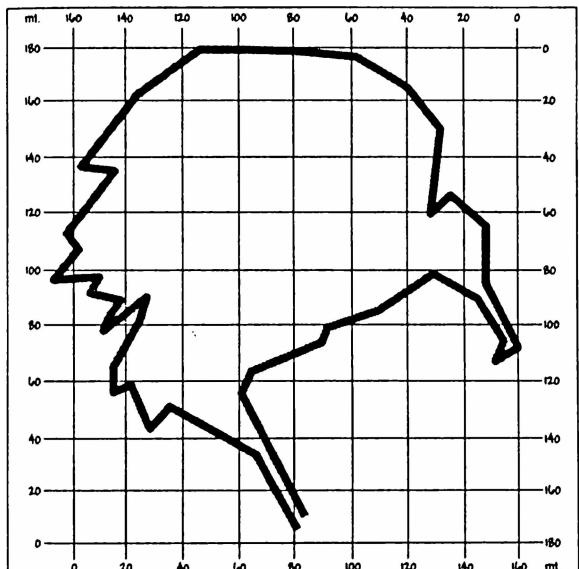
Se realizaron cuatro series de tomas fotográficas de seguimiento del desarrollo de los cultivos en septiembre, noviembre, diciembre y finales de enero, utilizando para ello un ultraliviano que vuela hasta 1.000 metros de altura, y colinas aledañas a las fincas.

Algunos diseños midieron 200 m x 100 m x 160 m x 150 m y hasta 280 m x 180 m, en predios de 25, 45 y 65 hectáreas, para un total de 135 hectáreas intervenidas.

Al concluir las siembras, en el mes de febrero de 2001, se realizaron otras actividades de carácter lúdico, aunque más efímeras, logrando dibujar con cenizas producidas por desechos de la soya apilonados y quemados, diseños que medían 12 m x 6 m...



EL CAMPO ABIERTO" 2003 M.L. VILLAFAÑE



MARTHA LUCÍA VILLAFAÑE ha intervenido la tierra, su tierra natural, sembrando enormes dibujos que crecerán lentamente dentro de su propio ciclo vital, pero siguiendo una idea: en Colombia estamos sembrando muerte. *Arte-Paisaje* –o un efímero y estacional arte rupestre– del que cosecharemos aves carroñeras, puesto que la muerte –natural– hoy se ha convertido en mortandad: ahora el paisaje, nuestros campos, nuestro trabajo colectivo para vivir, cosecha muerte, y entonces acuden los buitres.

Los dibujos han sido sembrados colectivamente, como dibujos vegetales, naturales, vivos, y han sido fotografiados desde el aire para llegar al público. Simbolizan nuestro conflicto: la fértil tierra está dando cosechas de muerte, y nos parece natural.

Pero la obra de Villafañe no muere con su idea, pues una vez ha comenzado a brotar de la tierra, sus nacientes aves de rapiña se aferran a la vida, breve y hermosa.

En la belleza de los girasoles crecidos, del maíz ya alto –que es también un animal, un ave–, en los hermosos colores de la tierra, del sorgo, de la soya, que han ido cambiando con el tiempo, creciendo con la luz, la lluvia, a merced del viento, en fin, en la belleza del Valle del Cauca y de sus tierras cultivadas, la idea de la muerte cede en su tiranía.

No es fácil ennoblecer la fúnebre figura de un gallinazo, ni tampoco la de la misma muerte, menos aún entre nosotros –que ya hemos olvidado lo que era la muerte natural y la belleza del mundo–, pero estos dibujos de 180 metros lo logran, haciendo que un ave que vive de cadáveres insepultos nos alimente con frutos del campo, como si fueran de trigo.

Estos dibujos, que como obra estética terminan en cenizas –como toda vida–, son una reconciliación con la muerte natural, con los ciclos de la vida, con la naturaleza, con el hombre que la cultiva, con las plantas, los alimentos, los colores, la flores vistas entre el viento... es decir, con la continuidad de la vida y su belleza, la de la naturaleza y también la del hombre, en cuyos ciclos la muerte y el nacimiento se tocan.

Desde el aire vemos la belleza de los campos cultivados, sus figuras geométricas, su luz de la tarde, las filas de árboles, el cambiante rojo, la niebla, la larga sombra de una palmera solitaria... Allí ha querido Martha Lucía Villafañe hacer nacer estas aves de muertos, pero también una forma, una idea sensible, una esperanza y una contemplación; en el tapiz de retazos del campo sembrado que parece una obra abstracta de colores vivos, alguien ha dibujado con vida la idea ya no de la muerte, sino de un posible nacimiento, de una noble aceptación.

Santiago Mutis D.

